

CAPITULO XX.

Mártires.—Propagacion de la fé.

I. Los mártires son ménos de los que se dice.—II. Son obra del fanatismo.—III. Todas las causas tienen sus mártires.—IV. El interés y los artificios de los curas han sostenido el Cristianismo.

Una de las glorias más ínclitas de la fé cristiana es la corona de los mártires que de todas edades y condiciones han dado su sangre por Jesucristo. Desde muy antiguo, empero, los perseguidores del Cristianismo, que veían toda su hermosura y su fuerza, la combatieron, y procuraron con ahinco apartarla de la memoria de los cristianos, destruyendo los cuerpos y las cenizas de los mártires, é imputándoles fingidos delitos, á fin de que no se les creyese muertos por la causa de la santa fé. La incredulidad de estos últimos tiempos ha presentado nuevamente, con otros argumentos, la misma prueba, esforzándose por arrebatar á la Iglesia de Cristo una aureola tan gloriosa y una demostracion tan invicta de su veracidad.

I. Dicen que el número de los mártires no es tan grande como cuentan las leyendas devotas, y que además no hay que hacer gran caso de ellos. Este dardo contra el Cristianismo lo lanzó primero el protestante Dodwell; pero en mal hora para su causa, porque aquel dicho aguzó el ingenio de los eruditos para investigar cuál era el número, y, entre otros, el del docto Ruinart, que, con documentos de todas clases á la vista, puso en claro de tal suerte su multitud innumerable, que ninguno se atrevió ya jamás á ponerla en duda. No me detendré aquí á recoger todas las cifras, porque sería un trabajo incompatible con el fin de la presente obra. Diré sólo que diez furiosísimas persecuciones se desencadenaron en los tres siglos primeros contra

la Iglesia, y se esparcieron por toda la vastedad del imperio romano, que abrazaba entónces las Españas, las Galias, el Africa, la Italia, gran parte del Asia, y casi todo el mundo en aquel tiempo conocido; que en todos aquellos países los cristianos fueron puestos á discrecion de los Emperadores, de los Césares, de los procónsules, de los pretores, de los sacerdotes de los ídolos, los cuales, para congraciarse con el pueblo que pedía la muerte de aquellos, los condenaron á las ségures, á las horcas, á las hogueras, á los anfiteatros, á las saetas, á las piedras y á todas las carnicerías que el turor combinado con la malicia supieron inventar.

Los solos nombres de los perseguidores son bastantes para la prueba, porque los de Nerón, Domiciano, Calígula, Maximiano, Caracalla, Eliogábalo, Diocleciano, Licinio y Decio son los nombres de la crueldad. Los historiadores eclesiásticos, de acuerdo con los autores profanos, nos cuentan largamente las hórridas crueldades y las víctimas sin número; mas sin alegar estos testimonios, tenemos la confesion de los mismos incrédulos, los cuales, no recordando que en otra parte han procurado disminuir el número, afirman que en los siglos primeros la mayor parte de los cristianos corrian al martirio por una especie de *mania epidémica* suscitada por la predicacion de los Padres de la Iglesia. Si pues la *mania* habíase apoderado del mayor número de los cristianos, ¿quién podrá referir las víctimas que hizo?

II. Hé aquí por qué pasamos á ver más bien la causa que alegan para explicar que fuesen tantos en número. La *mania* de que hablan no es otra que el *fanatismo*, y notan que es bastante para explicar la razon de tantas víctimas; porque ¿quién no sabe cómo se excita é inflama con el fuego de las persecuciones? Todas las religiones, además, por absurdas que sean, se jactan de sus mártires. Añadid el interés que los sacerdotes tienen en mantener las supersticiones, y las amenazas de penas eternas con que conminan á los que no aceptan sus dogmas, y habreis comprendido cómo han pro-

digado muchos su vida para sostener el Cristianismo, y cómo se ha mantenido en pié hasta nuestros días.

Ahora bien: para responderles ahora preguntaremos primeramente. ¿Qué es el fanatismo, que tiene una virtud tan poderosa sobre la tierra? Definadlo como quieran, habrán de conceder que es una exaltación del ánimo cegado por cualquier pasión, mediante la que se considera como un bien real un objeto que no lo es, y que se quiere conseguir á todo trance. Dígasenos, por merced: ¿quiénes fueron los primeros en cegarse y apasionarse tan furiosamente por Jesucristo? No fué ciertamente sólo la plebe indocta y la multitud ignorante; hubo tambien filósofos esclarecidos y doctores insignes que abrazaron con toda su alma la nueva religión desde los primeros momentos en que apareció en el mundo. En todos los tiempos los hombres más sesudos y doctos, como hasta hoy resulta de sus volúmenes, fueron los más tiernos y los más apasionados. ¡Rara ceguedad de entendimiento que se apodera de los que más ven!

Además, ¿cómo se despertó tan súbito fanatismo? Los hombres se fueron á descansar hoy sobrios, tranquilos, con la mente sana, y al día siguiente se desvelaron locos y frenéticos por la nueva doctrina. Y esto en Judea no ménos que en Roma, en Asia no ménos que en Africa, en Oriente y en Occidente, en los pueblos bárbaros lo mismo que en los cultos; y lo que aún admira más, aquellos mismos que habian puesto en cruz á Jesucristo como malhechor, pocos días despues, unidos á muchos millares, dejan que les domine el fanatismo por El hasta tal punto, que permiten dejarse degollar mil veces ántes que renegarlo. ¡Oh! ¿Qué es esto? ¿Una fiebre que invade á toda la humanidad en un instante!

A lo ménos, alguna gran causa existiría, dispuesta para producir tal fanatismo. Habría comparcido sobre la tierra cualquier filósofo extraordinario ú hombre portentoso que con los rayos de su elocuencia, con la fascinación de su doctrina, con

la autoridad de su persona y con el fulgor de su majestad, logró atraer, inflamar, revolver, arrastrar las muchedumbres á su secta. ¿Sucedió así? A fanatizar á tantos contribuyeron algunos hombres, no ilustres por su sangre, ni claros por su ciencia: pescadores de profesion, judíos de nacimiento, sin fama, sin bienes, sin riquezas, sin autoridad. Miéntras los filósofos más reverenciados, los sábios más célebres y los Emperadores más poderosos no consiguieron infundir fanatismo sino en pocos secuaces y partidarios, aquéllos lo excitaron en todas las partes del mundo, hasta el extremo de que derramáran su sangre á torrentes para sostener lo que habian anunciado. ¡Singular efecto de un vastísimo incendio de fanatismo, atizado por no se sabe quién!

Quizás todo el secreto de este fanatismo estará en las doctrinas de la nueva religion. Los hombres van más fácilmente allí donde las pasiones los atraen, y acredita la experiencia que no es difícil excitar los ánimos ofreciendo oro, libertad y placeres. Así lo demostraron un Mahoma y un Lutero, y lo demuestran diariamente tantos Catilinas nuevos, que hacen correr las turbas necias al grito de *libertad*, siempre mentirosa. ¿Habrán hecho lo propio tambien los defensores de la doctrina de Jesucristo? Vosotros ¡oh lectores! sabeis que no sólo no ofrecieron nada de todo esto, sino que, por el contrario, movieron la guerra más cruda que se habia movido hasta entónces á las pasiones del mundo. Imponian al entendimiento que se sometiese á la creencia de misterios árduos, difíciles, impenetrables; al corazón, no sólo no le ofrecian satisfacciones, sino que le imponian dolorosos sacrificios; no se hablaba sino de mortificación, de abnegación y de cruz no interrumpida hasta la muerte. La práctica del Cristianismo es á propósito para todo ménos para despertar fanatismo. ¿Qué fanatismo puede despertarse para rogar en secreto largamente? ¿Cuál para desprenderse interiormente de los bienes de la tierra? ¿Cuál para ayunar, vencerse y mortificarse? ¿Cuál para emprender consigo mismo una perenne lucha

á fin de refrenar los pensamientos, reprimir los afectos desordenados, renegar del amor propio, vencer las inclinaciones secretas del ódio, de la cólera, de la lascivia, de la soberbia, que siempre pululan en el corazón?

Con todo esto, ¿hasta qué punto no llega en ellos el fanatismo? Hasta la pérdida de sus bienes, de su patria, de su vida. Hasta encontrar tormentos y estragos mil veces peores que la muerte. ¿Cuándo se vió tal cosa? ¿No es completamente extraordinario un fanatismo que pudo producir efectos tan portentosos? ¿Dónde, repito, está la causa que ha podido despertarlo? Lectores, considerad el grado de fanatismo que se necesita para imputar al fanatismo la propagación del Cristianismo.

III. *Todas las causas, continúan, tienen sus mártires, y los idólatras, lo mismo que los herejes, se jactan de ellos:* hasta los estúpidos indios mueren por sus falaces divinidades. ¿Qué prueba es ésta, por tanto, que sirve para el error lo mismo que para la verdad? Quien así replicase, además de muchas otras cosas, demostraría también que no había comprendido nunca cómo se aduce y cómo realmente prueba en favor del Cristianismo la razón sacada de los mártires. No decimos, pues, que sea verdadero el Cristianismo sólo porque otros han derramado su sangre por Jesús, sino porque hánla derramado *en un cúmulo tal de circunstancias,* que no era moralmente posible derramarla con fuerzas humanas. Concedámos que pueda conducir un ímpetu de pasión á que un hombre se enfurezca contra sí; puede hacer el fanatismo que otro se precipite desde una roca, ó que se ponga para que lo machaquen las ruedas de un carro; puede un necio amor á la gloria hacer que uno se meta en las picas ó en las espadas de un ejército; hasta puede una impaciencia, llevada á la desesperación, hacer que otro, violento contra sí mismo, se suicide: no lo negamos, ni se saca de aquí el argumento en favor del Cristianismo: Son todas las circunstancias que acompañan el martirio cristiano las que forman la prueba tan excelente, porque la sola naturaleza no

puede conseguir que millares y millares de hombres se conjuren todos á una para dar su vida en el tiempo y recibirla en la eternidad; para perder el presente que gozan por la expectación de lo que sólo esperan; para sufrir males ciertos y presentes por el temor de males sólo creídos y lejanos. No puede la sola naturaleza hacer todo esto, cuando no hay pasión alguna en movimiento que presete las fuerzas y desvele, por decirlo así, el furor. No puede la sola naturaleza suministrar tanto valor á hombres no robustos físicamente, ni audaces por su educación, como viejos caducos, mujeres débiles, niñas tímidas y jóvenes de poca edad. No puede la sola naturaleza lograr que, léjos de ser terribles los males más acerbos de la vida, sean deseados, apetecidos, buscados y sufridos con ardor imponderable.

Si un ímpetu momentáneo de furor puede precipitar á uno á darse la muerte subitánea, violería, imposible de remediar, la sola naturaleza no puede tener en medio de tormentos inauditos, á estas víctimas y por su gusto, dias enteros, semanas y años; ni tenerlas siempre contentas y jubilantes por un gozo tan puro y sobrehumano que atrae á los verdugos, que confunde á los tiranos, y que decide á las enteras muchedumbres á seguir á Jesús, por el cual padecen: es imposible sobre todo pudiendo continuamente con una palabra poner fin á sus penas y trasformarlas en delicias, en honores y en empleos que se les ofrecían. Todo esto no lo puede hacer la naturaleza: es preciso que intervenga una virtud completamente sobrenatural, que conforte la humana debilidad.

Los incrédulos han procurado reunir los ejemplos que han hallado en las historias, para demostrar que todas las causas tienen sus mártires; pero no necesitaban tomarse tal molestia. Pongan, por vía de ejemplo, una sola víctima que pueda compararse con nuestra Inés ó con nuestra Cecilia, y consideraremos vencida nuestra causa.

Aumentase la fuerza de dicha razón por la multitud de los prodigios con que honra el cielo, en el

acto del martirio, á los campeones que ha designado, puesto que muchas veces las fieras, en lugar de destrozarlos, se postran en su presencia reverentes, las hogueras encendidas se apagan, los metales derretidos no queman, las espadas pierden el filo, las puntas no hieren, caminan ellos sobre carbones encendidos como sobre rosas, los templos de las falsas divinidades se desmoronan en su presencia, los ídolos caen á pedazos por sí propios, con frecuencia quedan heridos de ceguera, de parálisis y de muerte los tiranos enfurecidos contra ellos: y esto delante de muchedumbres enteras, que lo atribuyen á la magia, ó se convierten al Cristianismo. ¿Cómo no es visible, pues, la mano de una causa superior que los favorece y ayuda? Aduzcan, si pueden, algunos hechos semejantes los que afirman que todas las causas tienen sus mártires; impugnen despues la prueba por nosotros aducida, y les daremos la razon; mas si no lo pueden hacer, contórmense con que nosotros creamos en testigos que se dejan degollar en favor de las doctrinas que profesan.

IV. Resta examinar ahora la dificultad que sacan del *interés* que los sacerdotes han tenido en que subsistiese la *cristiana supersticion*, y en haberla conservado *con las amenazas* á los pueblos *de las penas eternas*: no es ménos vana que la precedente.

Ante todo, ¿cómo es que algunos, mejor dicho, que tantos quisieran ser sacerdotes en los primeros tiempos del Cristianismo? Al fin los hombres no son tan estúpidos en lo relativo á lo que les conviene. Ahora bien: es cierto que el sacerdocio entónces no producía otro fruto que mayores fatigas, riesgos más graves, y casi siempre la pérdida de la vida. Descorred los anales de aquellos tiempos, y hallareis que, comenzando por el primer Sacerdote, ó sea el Romano Pontífice, y concluyendo por el último clérigo, los sacerdotes tuvieron siempre la prerogativa de soportar las carnicerías más desapiadadas. Durante tres siglos, ningun Papa se salvó, ningun Obispo ilustre quedó exento, y los

sacerdotes fueron siempre la presa más apetecida y buscada por los perseguidores de nuestra fé. Los hombres debían tener en aquellos tiempos un gusto extraño, toda vez que tenían la manía de hacerse matar y dejar que los despedazasen.

Fuera de que el sacerdocio no es dignidad temporal, sino espiritual; y si bien proporcionó en la edad posterior ventajas terrenas, fueron tan ténues entónces y tan graves las obligaciones, que es inexplicable se hallasen tantos que tan voluntariamente se sometieran. Ciertamente el género de vida que se les prescribió, el desprendimiento de los bienes de la tierra, la renuncia á los goces de la familia, la obligacion de la continencia, y la persecucion continua de los hijos del siglo, no debían ser cosas que, discurriendo humanamente, les animasen mucho.

Pero, en fin, supongamos que eligieran aquel estado por interés: ¿cómo es que lograron tanto crédito entre la multitud para ser así escuchados y temidos? ¿Eran entónces los hombres de una constitucion diferente de la nuestra? Si viniese á nosotros un braçman de la India, un agá turco, ó un sacerdote de los ídolos cualquiera, ¿serian creídos por sola su palabra, hasta el punto de abandonar los hombres sus ideas? Creo que, por mucho que gritasen, profriesen amenazas, causasen estrépito, conmoviesen cielo y tierra, no conseguirían nunca más que nuestras befas y carcajadas. Y que los antiguos romanos no eran de otra pasta que nosotros, lo podeis inferir de que sabian burlarse perfectamente de los judíos que con ellos habitaban. Y esto, ¿por qué? Porque hasta que no se han alegado pruebas que persuadan al entendimiento de la verdad de una religion, y hasta que no se juzga verdadera, no tiene la virtud de atemorizar con sus dogmas y con sus amenazas. Ahora bien: esto es lo que pasa en nuestro caso. ¿Cuándo principia un sacerdote á ser enaltecido y escuchado por los hombres? Cuando los hombres han creído en la religion que predica.

Esto es evidentísimo entre los cristianos. ¿De

dónde sino de la fé deducimos que los sacerdotes deben ser escuchados? Sola la fé nos amaestra de cuanto á ellos se refiere, y nos dice que son elegidos por Dios para tan alto ministerio; que son deputados para El con especial consagracion; que tienen una autoridad propia sobre los simples fieles; y que quien los oye, oye al mismo Redentor. Si la fé, precediendo, no nos asegurase de todas estas verdades, no habria razon para reverenciarlos y temerlos. No son, pues, los sacerdotes los que hacen Augusta y creible la fé sosteniéndola, como dicen los incrédulos. Sucede todo lo contrario; la fé es la queda en el pueblo cristiano reputacion y autoridad á los sacerdotes. ¿Se quiere ver más claramente aún? Consúltese el buen sentido del pueblo: ¿Qué dice cuando ve prevaricar á cualquier sacerdote? No dice que no es buena por esto la fé santa; afirma, por el contrario, que si bien es reprochable aquel sacerdote por su conducta, debe respetarse por razon de su dignidad. Resulta exacto, por consiguiente, que no es el sacerdote quien da crédito á la fé, sino la fé quien da crédito al sacerdote.

Lo propio debe decirse del temor y de las amenazas, á la sombra de las cuales se dice fundado el Cristianismo. Esta estólida razon, que fué aducida por el impío Lucrecio contra todas las religiones: *Primus in orbe Deos fecit timor*; esta razon, digo, se desvaniece con el propio racioncinio hecho más arriba. ¿Cómo no ven que sin creer primero en los dioses es imposible temerlos? ¿Quién hubiera pensado nunca en temer á los ladrones, á la peste, á las desgracias, ántes de que existieran las desgracias, la peste y los ladrones? ¿O es que antiguamente los efectos venían despues de las causas, y ahora vienen las causas despues de los efectos? ¿Admirable debe ser la religion cristiana cuando para impugnarla es preciso renunciar, no sólo á la filosofía, sino tambien al sentido comun!

Ni diga nadie que un temor pánico puede sorprender á la multitud, aunque no exista un sólido fundamento para temer, lo cual sucede á los idólatras, que temen á divinidades con ojos que no ven

y manos que no tocan, porque tal réplica carece de importancia. Un temor pánico encadenar no puede á tantos millones de hombres y á tantas generaciones; un temor pánico no puede hacer mella en en tantos sábios y doctores que defendieron y defienden el Cristianismo. Fuera de que los hombres que no dejan de hacer el mal por temor á castigos que juzgan ciertos, ¿cómo se contendrian por un temor pánico?

Ni vale el ejemplo sacado de los idólatras, los cuales temen inútilmente á divinidades vanas, porque su miedo dista tanto de ser un error, que, por el contrario, es lo único verdadero que les queda. Por la luz de la naturaleza, no plenamente anegada en los vicios, y por la tradicion que les proviene de los primeros padres, alcanzan que Dios existe, que es vengador de las iniquidades, y que no ejercitándose la justicia sobre la tierra, se ha de administrar plenisísimamente, sin duda de ningun género, en la otra vida. De aquí que no se engañen en esto. El error existe sólo en el objeto del cual esperan los castigos, y en la calidad de las puniciones que aguardan, ó en la forma que usan para enaltecer y aplacar á Dios; mas esto, precisamente por ser error, nada tiene de comun mientras veamos que todos los idólatras se forman de la Divinidad una idea á su modo. El temor, por tanto, comun á todos los hombres, demuestra el sentimiento que todos tienen de la divina justicia: el temor á este ó al otro castigo, peculiar de cada país idólatra, condena el paganismo con su misma variedad. Resulta, pues, falsísimo que un error pueda enseñorearse de las muchedumbres enteras por muchos siglos, y por consiguiente que del error puede venir la intrepidez de los mártires, cuya causa consiste sólo en el auxilio del cielo.